

Lima y sus arenas:

Poderes sociales y jerarquía culturales, de Danilo Martuccelli

DÉBORAH DELGADO¹



ALBERTO VERGARA²



GISELA CÁNEPA K.³



Danilo Martuccelli

Lima y sus arenas

Poderes sociales y jerarquías culturales



MARTUCCELLI, Danilo. *Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales*. Lima: Cauces, 2015.

Del pueblo al individuo

Déborah Delgado

Estamos frente al primer libro de la extensa obra de Danilo Martuccelli dedicado exclusivamente al estudio del Perú, y específicamente a la ciudad natal del autor: Lima. Este ensayo revisa una sucesión de debates intelectuales peruanos del siglo XX, enlazando sus conclusiones y dándoles una lectura original. Estructuralmente, parte de la pregunta por la «soberanía popular» y del análisis de las dificultades en las que incurre la construcción política de la idea de «pueblo» (remontándose para ello a la formación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana- APRA), para cerrar el escrito desarrollando la idea del «individuo metonímico» en Lima, (un aporte conceptual que Martuccelli ya había abordado en el análisis de otras sociedades latinoamericanas).

1 Socióloga, profesora del Departamento de Ciencias Sociales – PUCP.

2 Politólogo, investigador visitante en el Center for Latin American Studies, Georgetown University.

3 Antropóloga, profesora principal del Departamento de Ciencias Sociales - PUCP

Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales, nace de la constatación de una serie de cambios drásticos ocurridos en la capital del Perú a lo largo del siglo XX. Estos cambios serían muy difíciles de interpretar por los limeños y, sin embargo, los considerarían profundamente en su vida cotidiana. Para aportar a su explicación, el libro asume una perspectiva histórica y propone analizar la relación entre lo social, cultural y político como «arenas» en donde ocurren fenómenos específicos que se entretajan. Estas arenas van alejando a Lima de los procesos sociales que la pueden hacer más cercana al resto del Perú. A pesar de su evidente importancia para el país, «Lima no es más el Perú, y no lo es, sobre todo, dada su evolución cultural y social, la que ha producido en ella y desde ella, una nueva sociabilidad y un nuevo individualismo». (p.17)

Para el autor, desde el punto de vista político, el individualismo limeño es indisoluble de la crisis del "pueblo" como gran y casi exclusiva figura del sujeto político en América Latina. Así, la situación peruana contrasta vigorosamente con lo que se observa en otros países sudamericanos en donde, a través de variantes del modelo nacional-popular (como es el caso de Bolivia, Ecuador, Venezuela o Argentina) el pueblo sigue siendo un referente mayor cuando se trata de describir al sujeto en la política. Después de trabajar a lo largo del capítulo dos, sobre las distinciones jerárquicas sociales y culturales (en torno a las nociones de criollo, huachafo, cholo y el racismo), en el apartado siguiente se consideran los cambios económico-urbanos ocurridos en Lima a partir de los debates de la época. Martuccelli identifica tres grandes miradas sobre este nuevo gran momento interpretativo en las ciencias sociales que ocurre en los ochentas: «Para la primera, el país era el teatro de la resurgencia de utopías y mesianismos andinos; para la segunda, a lo que se asistía era a una versión autonomizada y urbana de esta antigua conflictividad; para la tercera, el país, y sobre todo Lima, era, por el contrario, el teatro de nuevos anhelos pragmáticos y empresariales».

La segunda parte del ensayo inicia con la idea del «proyecto reglamentador». En el corazón de este concepto se encuentra la creciente voluntad de una puesta en regla de las relaciones sociales por el

poder. Un proceso que encontró en la lucha contra la informalidad una de sus grandes expresiones. Martuccelli va demostrando que se trata de un esfuerzo que tendería a generalizarse en todas las relaciones sociales. En primer lugar, su núcleo duro se centra en el ámbito económico, en donde se intenta comprimir el espacio del sector informal y, en parte, el ilegal; aumentar la presión tributaria e imponer el respeto de los contratos. En segundo lugar, este proyecto tiene un componente propiamente normativo, ya sea a nivel de las representaciones culturales, el trabajo de la prensa o la justicia. Martuccelli resalta allí el aporte del trabajo de Francisco Durand y la necesidad de entender «una arena de interconexión entre tres actividades (formales, informales y delictivas), en donde lo importante es comprender en distintos ámbitos las maneras cómo estas formas de acción se interconectan y friccionan entre sí» (p.168). Si la ilegalidad es abiertamente conflictiva con la legalidad y la institucionalidad, la ilegalidad no llega a ser enteramente un reducto externo o paralelo. En ese sentido, el autor considera que para comprender el accionar del proyecto de puesta en regla de la sociedad, más vale que se hable menos de triunfo, o fracaso, del sector formal sobre el sector informal o delictivo. Más bien, se debe observar cómo este proyecto opera a través de progresiones dentro de una cierta homología estructural.

En el capítulo cinco, el libro se acerca más a la condición contemporánea de la ciudad. Lima ha sido el teatro de la creación, desde abajo, de una nueva forma de sociabilidad que progresivamente ganó todas las capas sociales. Un fenómeno inédito y sorprendente en donde sectores populares urbanos autonomizaron radicalmente sus formas culturales y lograron imponer como mayoritaria no una cultura popular contra-hegemónica, sino un estilo, una sociabilidad, un imaginario de fusión transgresivo por naturaleza (puesto que transculturaliza todo lo que toca), pero desprovisto de todo contenido autónomo de contestación (p.203). Es por ello que, a pesar de la persistencia de las desigualdades económicas, la sociabilidad limeña en sus manifestaciones interpersonales se convierte en menos jerárquica que antaño. De otra parte, el individualismo metonímico produce individuos

que poseen el sentimiento que tienen que desenvolverse solos, no porque lo estén (las afiliaciones son múltiples y a veces incluso pesadas), sino porque tienen el sentimiento que el colectivo —el Estado, las instituciones— se desresponsabiliza de ellos y de su destino.

Este ensayo es sin duda un esfuerzo ambicioso y significativo por conectar dimensiones de análisis social que usualmente se tratan de forma separada, lo que inspira una serie de preguntas en el lector. Se trata de un acercamiento audaz a la literatura en ciencias sociales producida sobre el Perú y principalmente desde y sobre Lima. El principal aporte que tiene, desde mi punto de vista, es el de invitarnos a penetrar seriamente en la cultura política de la ciudad, y el de plantearnos una serie de apuestas teóricas acerca de la relación entre «sujeto» y «ciudadano» específicamente para el caso limeño. Así, si bien efectivamente consigue proponer «una interpretación sociológica e histórica de conjunto, apoyando[se] de manera crítica sobre un amplio espectro de datos y trabajos disponibles» (p.18) no recurre en este esfuerzo a varios trabajos empíricos sobre Lima que, a diferencia de gran parte de la bibliografía utilizada, si parten del análisis de la vida cotidiana de los limeños y se basan en la información etnográfica o de estudio de caso. A mi juicio, esta sería la mejor manera de acercarse, desde las ciencias sociales, a los procesos de individuación que se viven hoy en la ciudad y que son una de las mayores preocupaciones de este ensayo. El libro reproduce por ende una mirada lejana al sujeto popular en una Lima compartimentada y extensa, problema bastante presente en la forma de ensayo sociológico, que este texto, lamentablemente, refuerza. Finalmente, una sensación que deja este ensayo es que no quedan claros los linderos entre lo que es Lima y lo que es el Perú como sujeto de estudio. Si bien se busca entender a la primera, muchas veces de lo que se está hablado es del país en su conjunto y, esto resulta un tanto confuso dada una de las premisas iniciales y estructurantes del ensayo: Lima ya no es el Perú.

La sociología contrataca

Alberto Vergara

Algo se pudre en nuestra comarca intelectual. Hace un año y medio, Danilo Martuccelli publicó *Lima y sus Arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales* y nadie ha escrito un comentario, ni académico ni en la prensa sobre el libro. Y tal vez sea el ensayo más provocador, articulado e innovador aparecido en el país en los últimos años. ¿Por qué no se le comenta? La pregunta es clave si tenemos interés en construir una comunidad académica e intelectual profesional. Quizás porque el libro le ajusta las clavijas a más de una teoría establecida en los conventillos intelectuales limeños. O tal vez porque el autor es un expatriado sin collera capitalina. Pero estas hipótesis supondrían que el libro se lee y luego sufre el viejo ninguneo. Más probable, en realidad, es que ni siquiera se le lea. Con lo importante que es ser un intelectual orgánico de Facebook y un indignado de Twitter, ¿para qué leer a los pares?⁴ Una comunidad académica que no comenta a los colegas está hasta las caiguas; pero una que ni siquiera los lee ya no es ni comunidad.

«El ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita», reza la definición de Ortega y Gasset. O en mi versión: «el ensayo es la ciencia, sin grant». Es decir, es un género que obvia la angustia empírica con el objetivo de generar una tesis clara y grande que sería superior a otras establecidas en el mercado de las ideas. El ensayo debe ser interesante, provocador, ambicioso; aun si falso. El artículo científico mata por la certeza; aun si constituye una obviedad. En tal sentido, Lima y sus arenas es un ensayo formidable. Martuccelli nos presenta una gran interpretación de Lima contemporánea y sus transformaciones (y en última instancia del Perú), al mismo tiempo que, con rigor y respeto, ubica su tesis en la literatura de ciencias sociales peruanas. Las hipótesis estimulantes caen en cascada a lo largo del libro. Ignoro si cada una de estas proposiciones es «verdad» (y estoy seguro que su autor tampoco podría asegurarlo), pero esa no es la prioridad cuando se «ensaya». Quien le reclame a este libro mejor

4 La hipótesis según la cual ni siquiera se lee tiene asidero, además, en la medida que, fácilmente, me vienen a la mente seis u ocho libros importantes publicados en los últimos tiempos que han pasado por la ciudad con la misma irrelevancia de una triste garúa. No es Martuccelli, es el clima.

recojo de información, está expedito para exigirle al poeta que escriba en prosa.

Martuccelli no anda con el freno de mano puesto: ni la economía ni la ciencia política prevalecientes en los últimos años, permiten entender las mutaciones ocurridas en la Lima contemporánea. Hace falta sociología. Los cambios acaecidos en la capital ocurrieron todos al margen del sistema político, y las transformaciones económicas —semejantes a las de otras capitales latinoamericanas en tiempos del boom— tampoco capturan el núcleo en cuestión: «El corazón del cambio fue social y cultural» (p.15); «el gran cambio es un estilo de sociabilidad» (p.16). La sociología contrataca. Pero cuidado, nostálgico, esta sociología arremete sin consideraciones clasistas, sin dependencia, sin arenga étnica, sin sujeto popular. Se abre paso, en cambio, una sociología del individuo. Te esperaba primavera.

¿Cuál es este cambio que solo la sociología y no la ciencia política o la economía pueden identificar? Con gran simplificación es el siguiente: en las últimas tres décadas, Lima se ha «independizado» del país al construir una nueva sociabilidad que es cada vez más común a todos sus habitantes. Tal vez nos siga resultando difícil ser peruanos, pero ya no es difícil ser limeño. Si en la primera mitad del siglo XX Lima y el Perú eran dos universos de lánguida vinculación, y si las migraciones de la segunda mitad del siglo XX convirtieron a Lima en un Perú en miniatura, en el siglo XXI la experiencia limeña vuelve a escindirse del país con el surgimiento de esta nueva y específica sociabilidad. Despunta una inédita «unidad cognitiva» en la ciudad (p.162) que nada tiene que ver ya con la Arcadia colonial o con la segmentación del siglo XX: Bienvenidos a la moderna y común experiencia de ser limeños. ¿Y por qué no? ¿No decía Zadie Smith que jamás se sentiría inglesa y siempre londinense?

Esta gran metamorfosis se construye en —y desde— tres arenas que Martuccelli denomina, i) el proyecto reglamentador; ii) la revolución de la sociabilidad y; iii) el individualismo metonímico. Ahora bien, para explicar esto, Martuccelli se explaya en

varios antecedentes (que no son lo más relevante, pero ocupan la mitad del libro, faltó editor). Primero, la transformación de Lima no se entiende sin el colapso *urbano* de los ochenta; es decir, el autor nos obliga a sacudirnos del trajinado prisma del colapso económico y del de la violencia política, para experimentar el de la degradación de la experiencia urbana. Segundo, el fracaso rotundo de las empresas políticas que proponían al Pueblo como nación, clase, partido o etnia. Y, tercero, el incremento imparable de la informalidad y de un nuevo *ethos* emprendedor y moderno en la ciudad. Todo esto, entonces, constituye el telón de fondo de las transformaciones contemporáneas.

Reglamentados. Según Martuccelli, los limeños viven engañados por la imagen de una ciudad donde nadie respeta nada. Cada día son sujeto de más regulaciones (ahora las farmacias exigen recetas) y, no obstante, prefieren aferrarse a la imagen del estado de naturaleza. Este desencuentro impide pensar la vinculación entre lo formal y lo informal en el país. Es una imagen que confirma la idea arraigada de un sector formal y otro informal, viviendo separadamente. Y, sin embargo, el país funciona desde las intersecciones de lo formal, lo informal y lo delictivo. No hay un país formal y otro informal. El país camina porque ambos se conocen a la perfección. Son el uno para el otro.⁵ Y, en realidad, la informalidad es «el gran imaginario del lazo social de la ciudad» (p.175). Aquí la argumentación se enturbia: ¿es el Estado reglamentador lo principal o es el ascenso de la informalidad? Me da la impresión que Martuccelli quiere vender la novedad de la expansión estatal y reglamentaria (de ahí que sea el título del capítulo 4), pero en el desarrollo del argumento la incidencia de la informalidad como núcleo articulador de la vida pública peruana parece ser bastante más determinante (e interesante). En todo caso, esta tensión no está resuelta con propiedad y uno anhela un estudio de caso que despeje las brumas.

Así, la reglamentación es un primer componente de la *invencción* de una nueva sociabilidad (Al paso: inédito uso de la palabra «inventar» en nuestras ciencias sociales dadas al telurismo de lo inalterable.

5 James Robinson ha desarrollado un argumento similar y muy estimulante para el caso colombiano en *The Misery in Colombia*, Desarrollo y Sociedad, n 76, 2015, pp. 9-90.

Hasta provoca retrucar con Jacques Brel que *comme disait le duc d'Elbeuf /C'est avec du vieux qu'on fait du neuf*. Una dimensión crucial de esta novedad es su carácter apolítico. La nueva sociabilidad surge de abajo, pero no es contra-hegemónica. Creció a su ritmo y sin pretensión de reemplazar o atacar a las clases altas. A diferencia del tango que interpelaba, la chicha es bailongo inofensivo. Y esa fusión des-politizada se expande en la ciudad. Las clases altas renuncian realistamente a cincelarle un rostro a Lima, el cual surge espontáneamente desde una expansiva sociabilidad chicha e informal que, a su vez, impacta la economía y la política (no al revés). Tanto que fecunda la política: Fujimori y Montesinos reflejan al país. Y luego, en proceso de retroalimentación, irrigan la sociedad con más de esa misma pócima. Ante semejante diagnóstico he recordado a un personaje de Philip Roth: «Pronto tendremos en este país algo mucho peor que el gobierno de los campesinos y los obreros, tendremos la cultura de los campesinos y los obreros»

Lo que encuentro fundamental en el argumento es el papel que Martuccelli asigna a la informalidad y la manera de conceptualizarla. Es una aproximación, diría, *existencial*. Frente a Gonzalo Portocarrero, Juan Carlos Ubillus y otros que han privilegiado una mirada moralista del incumplimiento de la norma en el país —el sujeto goza transgrediendo la ley— Martuccelli muestra a un nuevo individuo limeño que sabe que a veces toca quebrar la ley para sobrevivir. No es un hedonista, «salva su pellejo». La existencia de este individuo está marcada por el desamparo y por una ciudad que es siempre una amenaza. Esta perspectiva existencial de la informalidad también permite aguar las convicciones derivadas de Hernando de Soto. La acumulación «primitiva» del individuo no se realiza contra un Estado que pone demasiadas trabas, sino ante un Estado que no está en capacidad de hacer mucho. Además, la propiedad adquirida significa mucho más que un activo económico. La casa propia para los limeños es, sobre todo, una salvación individual y familiar frente a la amenaza social y la disfunción estatal. Más que una voluntad de tener, refleja la necesidad de ser. Con el paso de las décadas, la explosión del consumo, la consolidación de los conos, y la posibi-

lidad fundamental de todos —y ya no solo de algunos— de «darse sus gustitos» (p.285).

En fin, producto de estos procesos y de varios otros que no puedo reseñar, Martuccelli constata la emergencia de lo nuevo. Una Lima donde la modernidad de los de abajo asemeja cada vez más a la de arriba. Un sustrato común que nadie planificó. Y aun si surgido de un magma hecho de informalidad, achoramiento, precariedad y acumulación elemental, la nueva sociabilidad, asegura el autor, posee contornos positivos. La ciudad está marcada cada vez más por la competencia cultural y no por el racismo⁶ y las jerarquías sociales han quedado en jaque, dando lugar a una generalizada «horizontalidad de acción» (p.241). Todos los limeños comparten las reglas formales e informales de esa gran arena de lidia que es la capital. Si entiendo bien a Martuccelli, esta producción conjunta de los limeños es mejor que lo previo. O para decirlo de otro modo, el proyecto de construir una vida pública común y ciudadana, es más posible de lograr hoy a partir de esta ciudad amenazante pero horizontal, de individuos desempobrecidos y reglamentados, que desde aquella previa cuando dominaba el universo político del Pueblo, mandaban las jerarquías sociales y abrumaba la miseria. En otras palabras, se abre la posibilidad del ciudadano y el Estado de derecho. Y por el peso que Lima y lo urbano han adquirido en el país, despunta también una avenida nacional.

Este ensayo heterodoxo —un pleonismo justificado— es un deleite para quien observa con asombro un país que parece moverse a toda prisa sobre distintas autopistas, sin llegar a distinguir el sentido de su trayectoria. Un mapa atrevido y sofisticado, en igual medida parcial y novedoso, que termina enunciando las condiciones de posibilidad de un futuro mejor. Su lectura, en cambio, será un verdadero silicio para el devoto del neoliberalismo como causa de cuanto ocurre en el país, un cólico para el unidimensional apóstol de la post-guerra y una agonía para el reciclador cansón del argumento colonial. Luego no digan que no fueron advertidos.

6 Un diagnóstico muy semejante al de Omar Pereyra en *San Felipe: Grupos de clase media se encuentran*. (Lima, IEP, 2016).

Mestizaje y Fusión en *Lima y sus arenas*

Gisela Cánepa K.

En su libro *Lima y sus arenas*, Danilo Martuccelli plantea una serie de formulaciones conceptuales a través de las cuales busca articular una nueva narrativa desde las ciencias sociales que sea comprensiva de las intensas transformaciones sociales y culturales que se vienen dando en Lima en las últimas décadas, y que darían cuenta de su especificidad. El argumento central del libro se sustenta en la constatación de dos procesos en curso: el primero responde a lo que el autor concibe como el tránsito del *imaginario del mestizaje* al *imaginario de la fusión*; y el segundo al surgimiento, aunque aún incipiente, de una «cultura de las reglas» que sería resultado de lo que el autor denomina el *proyecto reglamentador*, el cual no estaría enmarcado en un proyecto institucional, sino que surgiría de la intersección entre los esfuerzos del propio Estado por lograr un desempeño más eficiente y las demandas de la población por justicia y por el cumplimiento de las reglas.

Ambos procesos, a su vez, habrían dado lugar, por un lado, a un individualismo idiosincrático y popular, que Martuccelli denomina «individualismo metonímico» y que encuentra expresión en un «individuo que se percibe como un individuo *híper actor*», y por el otro, a una nueva sociabilidad, puesta en práctica por este nuevo sujeto. En esta nueva sociabilidad, el *individuo híper actor*, a diferencia de los limeños de origen migrantes de la década de 1980, estaría en la capacidad de responder a las clasificaciones sociales, raciales y culturales de las que históricamente ha sido un objeto, instituyendo así nuevas formas de relacionamiento social y definición de sí mismo. Finalmente, para Martuccelli este nuevo sujeto no sería producto de un proyecto político o cultural de constitución de sujetos ciudadanos, sino resultado de las luchas que este lleva a cabo cotidianamente en la ciudad.

Animada por mi propia interpretación sobre el Perú de hoy, que se articula en torno a lo que denomino el neoliberalismo como régimen cultural, quiero poner en discusión los conceptos de *imaginario del mestizaje* e *imaginario de la fusión*, y el del

individuo híper actor, que a mi parecer constituyen en las debilidades conceptuales más resaltantes del proyecto interpretativo de Martuccelli.

Según el planteamiento del autor, el tránsito de un *imaginario del mestizaje* a un *imaginario de la fusión* implica el paso de un orden definido por ataduras biológicas, así como por las de la tradición, en el cual el sujeto tiene poco margen de acción, a uno nuevo en el cual este logra liberarse para afirmarse en nuevas subjetividades a través de la creatividad y la innovación. Este enfoque contrasta con una amplia bibliografía crítica sobre el mestizaje en el Perú y en América Latina, producida en las últimas tres décadas, y que está ausente en el libro. En esta, el mestizaje es más bien definido como una arena de argumentación, en la cual las características fenotípicas y los repertorios culturales son intervenidos discursiva y performativamente —por actores particulares, en contextos cultural e históricamente específicos— con el fin de desarrollar argumentos identitarios de forma relacional y estratégica, ya sea para afirmarse en un lugar clasificatorio o para construir y situarse en uno distinto. En estos trabajos además se han explorado ampliamente las formas en que, en tales arenas de disputa y negociación identitaria, las categorías de clase, raza, etnicidad y género se resignifican, a veces, por ejemplo, racializando la categoría de género y otras moralizando la categoría racial. En ese sentido, encuentro problemático negar agencia y capacidad de maniobra a los sujetos inmersos en el *imaginario del mestizaje*, para luego argumentar que lo particular del *imaginario de la fusión* sería el surgimiento de un sujeto —el *individuo híper actor*— con gran capacidad de creación e innovación cultural capaz de redefinir el orden de clasificación social y su lugar en él.

Por otro lado, Martuccelli desatiende el hecho que la noción de fusión, a la que atribuye los calificativos de hibridación, mezcla, o libertad creativa, necesita ser discutida en el marco de dinámicas de producción cultural que, de acuerdo a los debates actuales, operan dentro de un régimen económico en el cual la cultura se ha constituido —en sus usos y definiciones— como recurso, y se gestiona según principios corporativos. La noción de fusión nos sitúa enton-

ces en el ámbito del mercado. Así, por ejemplo, cuando Martuccelli discute la música chicha como manifestación emblemática del *imaginario de la fusión*, no distingue entre esta, surgida en la década de 1980, y los fenómenos de producción cultural actuales, como el de la gastronomía o el diseño en el contexto de una economía de consumo. Esta omisión obstruye el hecho que, mientras que la chicha como género musical se fue constituyendo en un campo de argumentación cultural en el cual lo que está en disputa son principalmente los términos de la propia definición de lo chicha, la gastronomía, más bien, implica un proceso de apropiación cultural y de estilización, en el que más que la adscripción identitaria o la definición de contenidos lo que está en juego es el control sobre sus repertorios como recursos económicos.

Finalmente, la falta de una discusión sobre las complejas dinámicas entre cultura y mercado, así como sobre las dimensiones normativas del *imaginario de la fusión*, impide a Martuccelli reconocer que lo que resulta particular al nuevo contexto en el que nos encontramos no es el surgimiento de un *individuo hiper actor*, sino más bien el de un sujeto que debe responder al mandato de estar siempre en escena y en búsqueda de un desempeño eficiente. Un *homo performance* implicado en una cultura del emprendimiento que da sentido a, y gestiona su vida en términos de eficiencia y eficacia, así como de éxito.

En esta misma línea de reflexión, considero discutible el argumento de Martuccelli según el cual el surgimiento de este *individuo hiper actor* sería resultado, por un lado, de una reacción a la experiencia ampliamente extendida de abandono y desconfianza del Estado, y por el otro a una suerte de cualidad innata —atribuida sobre todo al migrante provinciano— que lo define como emprendedor. Así, el autor afirma enfáticamente que este hiper actor no es producto de un proyecto institucional, sino que surge de los avatares y luchas cotidianas.

Es esta espontaneidad y origen, estrictamente popular, que Martuccelli atribuye al surgimiento del nuevo sujeto limeño con las que discrepo y que requieren ser discutidas a partir de data empírica. Al respecto,

considero que las indagaciones en torno a las prácticas de consumo serían ciertamente reveladoras acerca de los mecanismos, saberes y actores implicados en la conformación del *hiper-actor*. Así, una discusión acerca de la amplia acogida que han recibido seminarios, convenciones, talleres y cursos de coaching y liderazgo, los cuales cuentan con una oferta adecuada a distintos sectores socioeconómicos, sería de especial interés. Existe una literatura especializada al respecto que se vende en librerías y quioscos, y de forma ambulatoria en sus versiones piratas, así como una oferta en educación superior que apuesta por la formación de una generación de emprendedores. Este tipo de consumo de servicios y productos es central en la apropiación de repertorios culturales, que permiten a sujetos de distinta condición cultivarse, entrenarse y desempeñarse como emprendedores.

La posibilidad de constituirse en emprendedor, ciertamente, ofrece a distintas personas y grupos sortear o resignificar las categorías clasificatorias de clase, etnicidad y raza, a las que han estado históricamente adscritos. Pero una mirada atenta y crítica a este proceso nos revela que la categoría de emprendedor no reemplaza ni elimina las categorías raciales, étnicas, de clase y de género, sino que esta, más bien, ha sido rápidamente incorporada en el sistema clasificatorio imperante. Por ejemplo, cuando el calificativo de emprendedor es racializado o definido en términos de género y etnicidad, como puede observarse en la tipología por estilos de vida propuesta desde el *marketing* o en el discurso publicitario. La identificación de una nueva era marcada por el *imaginario de la fusión*, en los términos que Martuccelli lo plantea, exige introducir una discusión detallada de estas nuevas formas de clasificación y marginación social, porque es precisamente en la producción de la diferencia donde los mandatos propios de un régimen neoliberal se viven y disputan en el marco de una sociabilidad emergente. Si bien cuando Martuccelli se refiere al surgimiento de una nueva sociabilidad destaca el hecho de que esta no implica una transformación de las estructuras de poder, considero que su análisis queda corto debido a que sus referencias a la evidencia empírica son meramente anecdóticas.

Así también, la discusión de casos empíricos permitiría debatir críticamente su argumento de un *proyecto reglamentador* sin sustento institucional. Una investigación de campo rápidamente nos remitiría a la existencia y actuación de aparatos institucionales —estatales y no estatales— que a través de los saberes emergentes, como la gestión y el *marketing*, y sus expertos, operan como dispositivos de poder ejerciendo una fuerza normalizadora a través de la cual el emprendedurismo como *ethos* cultural, las lógicas corporativas como principios de acción legítimos y el emprendedor como actor social permean la totalidad de la vida social y definen los

términos de lo posible. Es esta fuerza normalizadora la que define al propio Estado en su desempeño como una instancia de la gubernamentalidad neoliberal, instaurando formas de gobierno que se rigen por las lógicas corporativas, pero también la que desplaza el ejercicio del gobierno al ámbito corporativo. Afirmaría que más que una ausencia de institucionalidad gubernamental, habría un exceso de esta, que se materializa en las distintas instancias de la cooperación público-privada. El argumento del *proyecto reglamentador* resulta, pues, problemático, en la medida en que se sustenta en una noción exclusivamente estatal de la gubernamentalidad.